



Rosa, rosa, tan maravillosa



Cachi Soles "Voces"

-Cómpreme dulcecitos, señorita, joven, dos por diez centavos, le doy tres, señorita, caballero.

Tengo un hueco en la barriga, hoy nadie me ha comprado. Rosita sube al micro que está parado frente a ella, un momento maestrito, déjeme vendorme mis dulces: Buenas tardes señores pasajeros. Disculpen que moleste tan importante charla que deben de tener ustedes. En primer lugar agradecer al señor chofer por permitirme subir al vehículo y venderme estos dulcecitos que sólo cuesta la suma de diez centavos, señores pasajeros, diez centavos que no les harán pobres ni a mí rica. Como ustedes saben señores pasajeros muchas chicas de mi edad se dedican a la droga, a la prostitución, a robar en las calles. Yo me ganó la vida honradamente vendiéndome estos ricos dulces de menta. Tengo que mantener a mi madre enferma y a cinco hermanitos. Bueno, pasará por sus asientos y colabórenme con diez centavitos por estos ricos dulcecitos. Gracias.

La noche comienza a caer, le duelen los pies y no ha vendido nada. Mientras sube por el Prado piensa en su amiga, la Teresa que vende loterías. ¿Cómo lo habrá ido?

Llega al Obelisco y después de mirar su entorno, levanta una loseta y se introduce rápidamente bajo el monumento de la estatua al soldado desconocido. Adentro ya está la Teresa. ¿Cuánto has vendido Rosita? Pero la niña contesta con una oscilación de cabeza. Sentate a mi lado, así nos calentaremos las dos, dice la Teresa a tiempo de colocar un aguayo en el suelo. Tuve que merquear mi chompa para comprarme estos panes, nos comeremos, ven, no estés triste. Pronto volverán los chicos. De repente nos traen algo -dice Rosita. -¡Qué nos van a traer nada, en ellos nomás piensan! -enfatiza la Teresa, que ya pasa los trece años. Para montarse sobre nosotras nomás sirven. A veces quisiera que tú y yo nos

fuéramos a vivir a otro lado. Pero más grave puede ser con otra pandilla, dice Rosita mientras mastica su marraqueta, algo malo nos pueden hacer.

En esto se escucha recorrer la piedra de entrada. Ya habían estado las niñas, grita el Mocko a sus amigas. ¡Y se hacen las dormidas! ¡Yaaaaa! Tiende su viejo abrigo en el suelo, qué frío que hace allí afuera, mientras saca un frasco y un trapo sucio que estaba entre las rendijas de dos losetas. A ver, ¿alguien quiere un poquito de té? y se lleva el trapo empapado a la nariz para aspirar profundamente. Ah, qué rico, a ver Rosita, te toca, esto te calmará el frío y el hambre. La niña siente cómo el intenso aroma le penetra por la nariz y le sube a la cabeza hasta dejarla con una sensación de abandono y tranquilidad y no le importa que el Mocko, mientras con una mano le sostiene el trapo en la cara, con la otra busque ávidamente entre sus ropas, el lugar de sus placeres y frota y acaricia y, a ver abre Rosita, quiero que me apretes bien entre tus piernas, quiero ser el primero esta noche.

Todos los días son iguales para Rosa, a las ocho de la mañana en las esquinas de las calles, dulces, señorita, tres por diez centavos, llévese pues, señorita, para mi pancito, señorita. Y ahora camina calle abajo hacia los barrios del sur y mira las casas grandes, cuántas flores, cuánto sol, debe ser lindo vivir aquí.

Se detiene frente a una reja por donde mira el interior de una hermosa casa. Sí, debe ser lindo vivir aquí con mamá y todo: Rosita, ven, hijita, a tomar tu desayuno, a ver, aquí tienes pastelitos, empanaditas. -Sí, mamita, ¿pastelitos para mí? -Sí, hijita, pero antes déjame abrazarte, fuerte, fuerte... -Y opríme con tal fuerza la bolsa de dulces... que despierta de su sueño.

Se aparta de la reja, retrocede asustada, pesando que tal vez alguien la escucha, pero no ve a nadie y choca contra un tacho de basura, qué grande es y

mete las manos, debe haber algo para comer, esta gente rica debe de tirar todo. Busca y rebusca dentro del tacho y aquí un pedazo de carne, ¡qué chicha!, un pedazote de asadito sólo para mí y se lo lleva a la boca, sabe rico, pero raro, aunque ella nunca ha conocido el sabor de la carne asada y sigue comiendo.

Son las siete y media de la noche y uno a uno llegan los amigos al Hospital de Clínicas en Miraflores. Tanto la hemos buscado a la Rosita y aquí labian traído, dice el Mocko, a su amigo el Sonrizas, para que dos días haya desaparecido, hermanito, bien raro shempre. Es que yo shempre veo el telepolicial en la televisión del bar donde me vendo cigarros, acota el Waype.

Entremos de una vez que aistá viiniendo la Terecita.

Sin separarse mucho uno de otro, entran despacio al frío recinto y sobre una mesa de concreto ven el cadáver de la Rosita. Está tesa, hermano, ¿qué putas le habrá pasado?, dice el Waype. Adiós Rosita, dice el Mocko, mientras le acaricia el rostro y le toca la mano, no podemos llevarte con nosotros, no sabriamos dónde enterrarte, adomás ya van a cerrar la morgue. Estarás bien, sí, ya no sentirás frío ni hambre y nosotros tenemos que volver a la calle -dice llorando la Terecita. El Ahijado, el Sonrizas, el Mocko, el Waype y yo te decimos adiós, Rosita.

Marcela Gutiérrez. La Paz, 1954.

Narradora y poeta. Ha escrito "Para matarte mejor", "Diario de campaña", "Zociedad Anónima" entre otros.

